

Humedades

Antonio de Orbe

Estaba húmeda. Por culpa del calentador. Ese era el delito. Pensarán ustedes que eso no constituye un delito. Un pecado en todo caso. De pensamiento y obra. Aunque tampoco lo sería de obra, pues el pensamiento llevaría a la humedad, pero esta sería involuntaria. Mas eso pertenece al ámbito de lo íntimo y lo que me propongo contarles es un asunto público. La pared del vecino de abajo estaba húmeda. Por culpa de mi calentador de agua. Y su compañía de seguros me llevó a juicio. No teman, no detallaré los pormenores del pleito. Un asunto bien prosaico y aburrido. Tampoco entraré en fantasías sexuales si es lo que estaban pensando. Un juicio que acabó en una orgía sexual con la magistrada siendo repetidamente poseída por el demandado, o sea, yo. Lamento decepcionarles. Tan sólo quiero contarles algunos detalles procesales de la vista. Cuyo motivo ya lo saben. Estaba húmeda. Por culpa del calentador.

Me encontraba muy nervioso antes de entrar. Un juicio, para los que no estamos acostumbrados, es algo inquietante. Paseaba nervioso por la antesala mirando a los presentes. ¿Vendrían al mismo juicio que yo? ¿Serían los demandantes? ¿Me habría equivocado de sala? ¿De hora? ¿Aceptaría su señoría mi alegato? ¿Me dejarían hablar? ¿Saldrían las palabras de mi boca? Llevaba meses repasando los hechos, la demanda, los detalles. Conocía los pormenores a la perfección. No podía fallar.

Se abrió la puerta de la sala y salieron, entre risas nerviosas, los asistentes al anterior juicio. Sin duda había sido una vista tensa. Pasé al interior de la sala y recibí una buena noticia. Su señoría era una mujer. Ya había pensado en ello. Mi intención era ganar el juicio y usaría todos los elementos a mi alcance. Seducir a la magistrada era una posibilidad nada desdeñable. No se hagan los timoratos. De siempre tenemos la imagen de una mujer con falda corta que pretende engatusar a los hombres para conseguir sus propósitos. ¿Por qué no al revés? Yo lo haría. Lo intentaría.

Su señoría nos recibió con una amplia sonrisa disculpándose por el retraso. Culpa del anterior juicio, explicó. La sonrisa duró apenas unos segundos. La severidad cubrió su rostro con indecible

rapidez para pedirnos que nos sentáramos. Me indicó mi sitio con autoridad. Dado que el asunto de la posición física de los asistentes resultó de primordial importancia, me permitiré describirles la sala. Estaba presidida por una gran mesa en forma de U levantada sobre una pequeña tarima con la misma forma y un poco más grande. Quizá no lo sepan, pero esta tarima es sagrada. Nadie que no lleve toga puede subirse en ella. Si van a un juicio, no lo olviden, la tarima es el altar al que suben los sacerdotes togados, no es para ustedes. La magistrada se sentaba en el centro de la mesa. A un lado la abogada de la parte demandante. Al otro, había sillas para la parte demandada. Por la escasa cuantía del juicio yo no tenía abogado y como no llevaba toga, no podía ocupar ese lugar. De modo que me senté en las sillas del público. En medio de la U y fuera de la tarima, estaba la silla de los declarantes. Todo ello con micrófonos, el del declarante en concreto con una sugerente forma de jirafa. Micrófono que no paré de subir y bajar durante toda la vista a instancias de su señoría.

A indicación de la jueza, la abogada de la parte demandante se ratificó en la demanda. Era la abogada una mujer joven de aspecto no muy atractivo, aunque con una cierta gracia. Una gatita feúcha de la que escuché pocas más palabras a lo largo de la vista. A continuación llegó mi turno. Nervioso, avancé hasta la silla de los declarantes con mis papeles en la mano. Como no tenía donde dejarlos, los apoyé en la silla y quedé en pie. Tenía clara mi argumentación, pero, por si me quedaba en blanco, la había escrito. De modo que, mirando a su señoría, me dije, aquí estoy yo, y comencé a leer. Apenas había leído unas líneas, recibí el primer puñetazo en el mentón. Un momento, me paró su señoría, no puedo escribir a esa velocidad. Como veo que lo tiene escrito, vamos a hacer unas fotocopias. Siéntese.

Mientras esperábamos las fotocopias, miré a la jueza. Físicamente no era gran cosa. Ni guapa ni fea, con el pelo rubio y largo y unas enormes gafas que cubrían su rostro. Parecía menuda aunque no puede apreciarlo bien, pues no se levantó ni un momento de su silla. Eso sí, con la toga puesta señalando su autoridad y a la vez escondiendo sus encantos. ¿Tendrás un buen par de tetas y un culo bien prieto? me preguntaba. Su señoría me miró detenidamente.

¿Quién te has creído que eres para mirarme así, chulito? Ya veremos si eres tan hombre como te crees, pienso yo que pensaba ella.

Llegaron las fotocopias y reanudé mi lectura. La jueza me concedió unos segundos más, pero ella era activa y no estaba dispuesta a escuchar pacientemente mi lectura. Alto, dijo según me lanzaba un certero puñetazo al hígado. ¿Va a leernos todo eso? Esto es una demanda por humedades por un valor de 400 euros. No tenemos toda la mañana que perder por esa cantidad, dijo y pienso yo que pensó: el juicio anterior era por dos millones y el siguiente por tres, y aunque en lo personal estás empezando a interesarme, demandado, no te voy a pasar ni una. A continuación dijo en voz alta: esos papeles que está leyendo se los han escrito, ¿verdad? Un poco de sangre brotó de mi nariz al encajar el formidable directo que con el puño izquierdo me había lanzado su señoría. Me refugié contra las cuerdas para recuperarme y le espeté todo digno: no, señoría, lo he escrito yo. Y seguí en mi interior, me has golpeado ya tres veces, pero resisto, no soy un blandengue, sigue probándome y sabrás como soy y lo que puedo hacer por ti. Me vas gustando, demandado, eres mejor de lo que parecías, sigue leyendo, dijo la jueza. Procuraré ir rápido para complacer a su señoría, dije sumiso. La rapidez no es lo importante sino la claridad, sigue leyendo, tontorrón. Y aquí podrán observar ustedes una leve muestra de cariño que me daba cierta tregua.

Pero yo era ya un manojo de nervios. Un violento flujo hormonal en el que predominaba la adrenalina con abundantes dosis de testosterona recorría mi organismo suscitando las más variadas emociones. Había empezado por la inquietud, para luego pasar al miedo abierto que se había ido matizando con la ira hasta llegar a una confusión que no me permitía percibir con claridad la realidad externa ni interna. Seguí leyendo saltándome líneas y enlazando un incomprensible discurso. Lo había escrito y lo había ensayado en casa. Dos veces. Duraba exactamente 8 minutos, pero la jueza era hiperactiva y eso era demasiada espera. Acabé de leer siendo consciente de que nadie me había entendido salvo quizá la gatita feúcha que agazapada esperaba su momento. Un momento que nunca llegaría. Porque en aquella vista solo cabían dos protagonistas, la

jueza que ocupaba toda la sala y yo que pugnaba desesperadamente por mantener mi reducido espacio alrededor de la silla de los declarantes. Se preguntarán ustedes que tipo de atractivo tenía para mí la jueza que como he dicho no era muy guapa. Pero, ¿quién es más deseable, una guapa sosa o una gordita sexy? La personalidad tiene más fuerza que la belleza. Esa mujer era subyugante, poderosa, directa, desafiante. Combinaba la más amplia sonrisa con los rechazos más demoledores. Y, ya lo saben ustedes, me había enamorado de ella. Porque el amor es multiforme, es pasión y serenidad, es sumisión y posesión, es tensión y relajación, dura minutos o toda una vida y en aquella sala de vistas yo me había enamorado. De su señoría. Haría lo que me pidiera, me entregaría a la más desenfadada pasión con una mera sugerencia de su parte. Pero aún quedaba juicio por delante.

Vamos a ver. No he entendido nada. Se hace tarde y hoy no me quedo sin comer como siempre, dijo literalmente. De modo que el calentador no se rompió. Eso quería decir, su señoría, respondí. Y entonces ¿de donde venían las humedades? No lo puedo decir, en mi casa no hubo ninguna avería, contesté. O sea, que lo niega todo, afirmó atónita. Pues si que tienes valor, demandado, pienso que pensaba. No eres ni mucho menos lo tonto que parecías y has demostrado buen temple, clavas la rodilla en la lona pero pronto te recuperas y contraatacas. Muy bien concluyó, siéntese en las sillas del público y que pase el primer testigo.

El resto de los miembros de la vista lo componían el bedel, un mozo alto y de buen ver, el secretario, un formidable calvo que no se alteraba ante las impertinencias de su señoría y un gordo joven que representaba a la compañía de seguros y que como yo, se sentaba entre el público. Los testigos esperaban fuera de la sala. El bedel nos comunicó que el vecino de abajo no había acudido y, tras cambiar unas palabras en incomprensible jerga con la abogada, la jueza hizo llamar al segundo testigo. El perito.

El miedo me atenazó una vez más. El perito. Un ingeniero técnico. Una persona que lo conoce todo sobre humedades y calentadores. Sobre lo que baja y lo que sube. Sobre materiales y su

descomposición en las más elementales partículas. Sobre causas y efectos. Sin duda señalaría con dedo certero la causa de la humedad. Y su señoría se rendiría ante su saber y ya nada podría salvarme. El perito.

Entró el perito precedido del bedel y ocupó su puesto en la silla de declarantes. El calvo secretario se aprestó a escribir y la jueza se dirigió a la abogada. Es su testigo, dijo, ¿tiene algo que aclarar? La gatita se compuso la toga y alzando la voz comenzó: ¿Estaba usted...? Un momento, rugió la magistrada. Es su testigo, su informe está en la documentación, no procede que usted le pregunte. El zarpazo de su señoría había desgarrado por completo el lomo de la abogada feúcha. Las marcas se hundían en la piel y llegaban hasta el glúteo. Casi me dio pena. Pero su señoría, yo... balbució la abogada. Ya se lo he explicado, no procede. Te enteras feíta, aquí no hay sitio para ti ni para tus engatusamientos. Yo mando y manejo a los hombres a mi antojo. Al demandado que me va gustando, al perito listo y a quien haga falta. De modo que a callar. Y se volvió hacia sus hombres.

¿Quiere el demandado preguntar? Feliz por mi victoria parcial ante la gatita pero temeroso por la siempre impredecible magistrada, me dispuse a preguntar. Muy resuelto me dirigí al micrófono libre situado en la mesa. Pero de nuevo, la situación física de los elementos complicaba la vista. Alto, dijo la jueza antes de que pisara la tarima. No puede usted subir ahí. De modo que el bedel me acercó el micrófono al extremo de la mesa y dado que la superficie de la tarima era algo mayor que la de la mesa, tuve que inclinarme por la cintura para llegar al micrófono y así, en esta humillante postura hice mi pregunta: ¿Comprobó usted que el calentador estaba roto?

El perito era un joven apuesto, moreno, con gafas estrechas y vestido con traje sin corbata. Se le veía confiado. Ingenuamente confiado. Desconocedor de la fiera que mandaba en aquella jaula. No lo comprobé, respondió el perito. Joven y guapete era el perito. Hasta el momento en el que la jueza le propinó un áspero rodillazo en la entrepierna. ¿No comprobó si el calentador estaba roto? ¿Lo ha escrito usted en el informe pero no lo comprobó? El perito había hincado las dos rodillas en tierra y con las manos en los genitales pugnaba por

recuperar la respiración. Yo, si, no... Hable claro, increpó la jueza. No puede comprobarlo, dijo el perito con un hilillo de voz. La puerta estaba cerrada. Llamé pero no me abrieron. Por compasión no relataré en detalle el castigo al que fue sometido el perito. Baste saber que volaron hechas añicos sus bonitas gafas, empezó a sangrar profusamente por la nariz, sus ojos se entumecieron y que la magistrada no perdió ocasión de ensayar nuevos golpes, todos ellos demolidores. Hubo un momento en el que el perito reaccionó y contestó a la magistrada, casi le chilló: mátame si quieres, pero te aseguro que la pared estaba húmeda. Entonces se hizo el silencio. Y la magistrada, sorprendentemente, le perdonó la vida. ¿Tiene el demandado más preguntas? Consciente de mi triunfo y sabiendo que la magistrada quería irse a comer pronto, dije sumisamente, no cielo mío, sé que lo has hecho por mí, se que has inmolado al perito en el altar de nuestro amor para mostrarme tu afecto, no tengo más preguntas, corazón.

Pruebas y documentos, dijo la jueza. Atribulado me dirigí a la jueza con los papeles y fotografías que tenía y los puse sobre la mesa. ¿Qué me trae aquí? Usted lo que quiere es yo haga de abogada suya. Numérelos al menos. Esto es una vista oral y eminentemente clitorica, no vaginal y menos anal, pienso que pensaba. Pienso también que dudaba si yo era listo o tonto de remate. Lo cierto es que ni se me había ocurrido numerarlos. Lo siento señoría, respondí mientras pisaba discretamente la tarima sin que nadie lo advirtiera. Y con ayuda de la indulgente magistrada los fui numerando. ¿Este es el 3? Pues no, si el otro es el 3, este será el cuatro, digo yo. Sí señoría, claro señoría. La tenía ganada para mi causa, en aquel momento su severidad era ya solo una pose. No en cambio la animadversión hacia la abogada. Al fin y al cabo representaba a una multinacional de los seguros frente a un indefenso ciudadano que pugnaba por defender sus derechos. Además, eran ellos los que habían iniciado el juicio y los que hacían peligrar la comida de la magistrada. ¿Admite las pruebas y documentos? preguntó a la abogada. Esta, viendo que era su última ocasión de hablar, levantando el labio superior en un gesto de asco objetó: los documentos no vienen al caso y las fotografías no se sabe dónde o cuándo las han tomado. Y tiró los documentos

despectivamente sobre la mesa. Los acepto todos, dijo la jueza. Y sonrió. Sonrió mientras en el rostro de la abogada quedaban patentes las señales del zarpazo que acababa de propinarle su señoría. Y no te empapelo porque no puedo, abogada feúcha, porque ganas no me faltan. Y dirigiéndose a todos. Según vayan firmando pueden marcharse. Salí el último de la sala buscando unas últimas palabras que inclinaran la decisión a mi favor. Muchas gracias por todo y que tengan un buen día, dije adulator. Buenos días, respondió la jueza, adornando sus palabras con una deslumbrante y breve sonrisa. Y, no queriendo tentar más a la suerte, desaparecí de la sala con rapidez aunque no tanta como para compartir el ascensor con la parte demandante que comentaba la vista con rabia. Una vez en la calle respiré aliviado.

Ya lo ven, he cumplido mi compromiso, les he contado los hechos sin dar lugar a la fantasía, quizá con alguna explicación necesaria para la mejor comprensión de la vista y si ha habido alguna referencia sexual, esta ha salido de la mente de la magistrada, o al menos eso pienso yo que pensaba ella. Y de este modo quedó el juicio visto para sentencia.

Sentencia del juicio sobre humedades en el piso 2º A

Estaba húmeda. Yo sí que estaba húmeda. No al principio, claro. Los juicios pueden ser algo muy tedioso y la mañana no iba bien. Pero desde que te vi entrar, demandado, me gustó tu chulería y tu resolución. Por supuesto que ibas a morder el polvo, eso tú no lo sabías pero yo sí y me hizo gracia. Sin embargo, al poco vi en ti una mirada cargada de lascivia. Sorprendida, desvié la vista hacia el resto de los presentes. Por una sala de juicios pasa gente muy extraña. Recuperando el valor, volví hacia ti los ojos y comprobé que sostenías la mirada. Un súbito arrebol se apoderó de mí y ya no me abandonó.

No se que encontraste en mí, pero pienso que pensabas si tendría un buen culo y unas buenas tetas. Claro, con la toga y sentada no lo podías apreciar. Pero lo cierto es que sí, estoy bien dotada, todos mis amantes lo han dicho. Y si tú no lo pensaste da igual, lo pensé yo. Pronto me olvidé de la tonta historia del calentador que os traíais la abogada feúcha y tú y me concentré en tu libidinosa mirada. Y me puse cachonda. Muy cachonda.

Te ordené que te acercaras a la mesa y tú te quedaste a un metro, parado sin saber que hacer. Tontorrón, qué rico me pareciste allí plantado. Me levanté y me desprendí de la toga porque hay cosas que no se pueden hacer con ella. Me puse en pie sobre la mesa y comencé a desnudarme ante la atónita mirada de los presentes. Me quité airosamente los pantalones y la camisa y quedé en ropa interior, un delicioso y excitante conjunto de braguitas y sostén rosa que nadie podría imaginar en la severa jueza y que provocaron la sorpresa y admiración de los presentes.

Bajando de la mesa por el lado del público, quedé sentada

mirándote. Vamos campeón, a ver si sabes usar la lengua para algo mejor que para hablar. Entonces comprendiste. Humillaste la cabeza y sin subir a la tarima, hundiste la lengua en mi interior y comenzaste a moverla. ¡Oh sí, para eso era mejor que para el tonto parloteo que habías mostrado! Concentrándome en lo mío miré alrededor. El calvo secretario estaba atento a sus papeles mientras al fondo de la sala el bedel resolvía sudokus. El representante de la aseguradora miraba hacia la pared con fastidio, los ojos de la abogada echaban chispas de odio y el perito con la boca abierta no entendía nada. Pobre perito, no me caía mal del todo aunque le faltaba un hervor. Quizá algún día futuro pudiera ocupar tu lugar pero por ahora lo mejor que podía hacer era aprender.

Tú movías la lengua con habilidad y yo estaba muy caliente Tanto que el orgasmo era inminente, lo cual agradecí porque no estaba dispuesta quedarme sin comer por un puñetero juicio de 400 euros. Cuando mi respiración se aceleró anunciando el clímax, el calvo secretario, muy profesional, acercó el micrófono a mi boca, aquí queda todo grabado, y volvió a lo suyo mientras yo perdí el juicio, el juicio mental se entiende, y chillé y me corrí como hacía tiempo que no me sucedía.

Entonces tomaste la iniciativa y me volviste tumbándome sobre la mesa, una pierna arriba y la otra apoyada en la tarima. Sin apenas dejarme respirar retiraste el hilillo de la braguita, me penetraste y comenzaste a moverte mientras unos hábiles dedos volvían a excitar mi clítoris. Todo ello sin subir a la tarima lo que por necesidad te obligó a ponerte de puntillas. Entre tanto, el calvo secretario acercaba el micrófono a la zona de fricción, la abogada al borde del colapso retorció con fuerza las manos queriendo estrangular a alguien, quizá tú, quizá yo y el perito seguía boquiabierto sin explicarse nada. Empujaste con incesante ritmo y cuando ya me venía un nuevo orgasmo te oí correrte y nos fuimos los dos entre alaridos mientras el calvo secretario trataba sin éxito de grabar los acontecimientos moviendo el micrófono de tu boca a la mía y una brizna de baba se desprendía de las fauces del perito manchando los pantalones de su traje.

Esto pienso que podía haber ocurrido en el juicio sobre humedades. Tengas o no razón, yo te la concedo, una no tiene demasiadas ocasiones para el placer y por eso te agradezco esos deliciosos momentos y rechazo la demanda. A la abogada que le den y a ti, querido demandado, te deseo buena suerte.

Jueza de 1ª Instancia

Madrid 17 de Abril de 2007